

Oficios del pueblo

EERAN fundamentales en aquella época, como en la edad de piedra, el gañán y el pastor y sus variantes, el peón y el yesero.

Se destinaban a artesanos, los muchachos más débiles, defectuosos o impedidos que calificaban de inservibles.

Era una clasificación tajante y verdadera, acatada por todos y referida en conversaciones con la mayor naturalidad.

Todos los hombres del primer grupo aparecían unidos por esos lazos misteriosos de la raza que se manifiestan en el carácter y separados por sus costumbres y hábito externo.

Siempre han sido aquí menos los pastores que los labradores, pero su personalidad era más acusada por conservación probable de rasgos ancestrales.

Ambos sienten la dignidad de la ocupación, ya definida al destinarlos a ella. No en balde son los creadores de la civilización y desde hace algunos años quedan pocos pastores netos, pues, simultanean el pastoreo con la agricultura.

Antes no era así y el oficio les hacía adquirir rasgos característicos que merecen conservarse.

El pastor era mucho más rumbo que el

gañán y eso se conocía bien en los rodeos o días de descanso, únicos que estaban en el pueblo.

Hechos a las libertades, sin trabajo ni horario fijo, comiendo cuando les parecía, vagando solitarios por el campo, en vida errante y cavilosa, se engendraba en ellos cierta inclinación a la aventura, que les hacía mirar con desdén a los hombres que trabajaban, sintiéndose señores y

dominadores, belicosos, con ganas de guerrear y con ese derecho que parece tener el ambulante a disponer de las cosas útiles que halla a su paso.

Siempre había una lucha latente, taimada, rara vez violenta, sobre el derecho a pastar o utilizar los pozos e incursiones en zonas ocupadas por los agricultores; discusiones en las que el pastor llevaba siempre las de ganar, por su movilidad y la facultad de poner a salvo su bienes, mientras que el agricultor quedaba fijo y expoliado.

En tanto que el gañán fecundaba la tierra con el sudor, el pastor, vagando con sus perros y su ganado, era el amo del campo y desde el cerro o la cañada miraba con lástima al que trabajaba en el llano, al que estaba siempre en el mismo sitio, en la basura, mientras que él iba errante por los caminos con cierto aire legendario, hecho el gorro y encima la montera, la zamorra al hombro y la garrota en la mano; los



La pastora está que no cabe más, reventando, y el pastor suspende el queso para que escurra, con la delicadeza que exige la blandura de la masa. Se trata de Bonifacio Octavio, el pastor de más delicadas aficiones. Todos ellos han entretenido el largo tiempo disponible en labores más o menos lucidas. Bonifacio lo ha dedicado a la poesía desde chico y ahora, a los 70 años, — nació el 1884, — va anotando en un cuaderno los cantos de su vejez, que alcanzan la máxima vibración en lo que fue motivo de su trajín, como el abrevadero de Valcargao. Este pozo, en su extremo abandono, le hace exhalar quejas muy sentidas.

«Por eso, al querer cantarte
y verte así, abandonao,
no puedo más que llorar
¡pobre viejo! ¡Valcargao!».

Así se expresa Bonifacio, que tiene un legítimo deseo de subsistir y espera el recuerdo de sus nietos, a los que dedica sus composiciones.

Es una nota simpática del alma pastoril alcazareña, que consuela de la aridez habitual.